

# ECOS DE HUAROCHIRÍ

Tras la huella de lo indígena en el Perú



## Capítulo 3



Gonzalo Portocarrero, editor

**BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ**

Centro Bibliográfico Nacional

398.2098527 E Ecos de Huarochirí: tras la huella de lo indígena en el Perú / Gonzalo Portocarrero, editor.-- 1a ed.-- Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2018 (Lima: Tarea Asociación Gráfica Educativa).  
284 p.: il. (algunas col.); 21 cm.

Incluye bibliografías.

Contenido: El Manuscrito de Huarochirí, Arguedas y el mundo andino -- Reflexiones sobre el contenido del Manuscrito de Huarochirí -- Vigencia del Manuscrito de Huarochirí en el Perú contemporáneo -- Vigencia andina en los caminos del futuro -- Proyecciones a partir del Manuscrito de Huarochirí.

D.L. 2018-07630

ISBN 978-612-317-370-8

1. Arguedas, José María, 1911-1969 2. Manuscrito quechua de Huarochirí  
3. Mitología peruana - Huarochirí (Lma.) 4. Cosmogonía andina - Perú - Huarochirí (Lma.) 5. Indígenas del Perú - Huarochirí (Lma.) - Religión y mitología  
I. Portocarrero Maisch, Gonzalo, 1949-, editor II. Pontificia Universidad Católica del Perú.

**BNP: 2018-136**

*Ecos de Huarochirí. Tras la huella de lo indígena en el Perú*

Gonzalo Portocarrero, editor

© Colectivo Los Zorros, 2018

© Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2018

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú

feditor@pucp.edu.pe

www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño, diagramación, corrección de estilo  
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Pintura de portada: *Huallallo Carhuincho*, de Josué Sánchez,  
acrílico sobre lienzo, 1984

Primera edición: junio de 2018

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio,  
total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2018-07630

ISBN: 978-612-317-370-8

Registro del Proyecto Editorial: 31501361800527

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

## Genealogía de dioses y épocas en el Manuscrito de Huarochirí

Mariella Justo Ubillús

*Los adivinos no consideraban el tiempo, ciertamente, como uno homogéneo ni vacío; trataban de extraer lo que se oculta en su seno. Quien tenga presente esto puede quizá llegar a hacerse una idea de la forma en que el pasado era aprehendido en la memoria, es decir, en sí mismo.*

Walter Benjamin, *Ensayos escogidos*

*Aquello que fue, ya es; y lo que ha de ser, fue ya;  
y Dios restaura lo que pasó.*

Eclesiastés

Si bien no es tarea fácil establecer el orden temporal de las generaciones de dioses que surgieron en el imaginario colectivo de las comunidades inscritas en el Manuscrito, este análisis propone una reconstrucción tentativa de dicho orden. Ella se basa en la noción del narrador, que desde el primer capítulo se refiere a cuatro deidades y épocas principales, de las cuales solo tres sugieren continuidad: una época de caos y oscuridad inicial, representada por Yanañamca Tutañamca; seguida de un tiempo intermedio de productividad y belleza —aún salvaje—,

representado por Huallallo Carhuincho; hasta alcanzar un orden civilizador, simbolizado por Pariacaca, principal protector de las comunidades aludidas en la mitología local. En cuanto a la cuarta deidad, Cuniraya Huiracocha, el narrador afirma no saber si existió antes o después de Pariacaca (1, 15)<sup>1</sup>. Dicha afirmación ha generado una motivación adicional a esta investigación, debido a que la mención a esa *huaca*<sup>2</sup> atraviesa distintos relatos y aparece indistintamente en varios de los momentos más relevantes de la mitología narrada (ver la figura 1).

Asimismo, es posible notar que en la existencia de las divinidades hay una dinámica de tiempo que excede la concepción de teorías temporales aceptadas, la cual hemos denominado «multidimensional», pues se ve reflejada en hechos particulares: en el encuentro entre los tiempos históricos y los seres mitológicos a quienes celebran; en la identificación de tiempos metafóricos; en la trascendencia de las creencias mitológicas que prevalecen en el «ahora» del contexto colonial del narrador, un presente que remite tanto al tiempo del periodo precolombino como al del Imperio incaico y al de la presencia de los conquistadores españoles, e incluso hasta nuestra contemporaneidad.

---

<sup>1</sup> Todas las citas y enunciados —unidades sintácticas independientes en que ha sido dividido el texto— del Manuscrito han sido tomados de la traducción de Gerald Taylor, titulada *Ritos y tradiciones de Huarochiri. Manuscrito quechua de comienzos del siglo XVII* y publicada en 1987. El primer número corresponde al capítulo, el segundo a la cifra del enunciado.

<sup>2</sup> El concepto de *huaca* es en extremo complejo, mas tiene un denominador común a sus acepciones: la noción de sagrado. Esta denominación remite al ser y al lugar sagrado que este ocupa, así como a objetos del culto de adoración. «*The world imagined by the Cheka does not seem to have been made of two kinds of stuff—matter and spirit— like that of Christians; huacas are made of energized matter*» (Salomon & Urioste, 1991, p. 19). Gerald Taylor, Frank Salomon y José María Arguedas consideran que son entre 85 y 101 entidades las que dibujan el universo mitológico de las comunidades en el Manuscrito quechua.

# Genealogía de dioses en el Manuscrito de Huarochirí

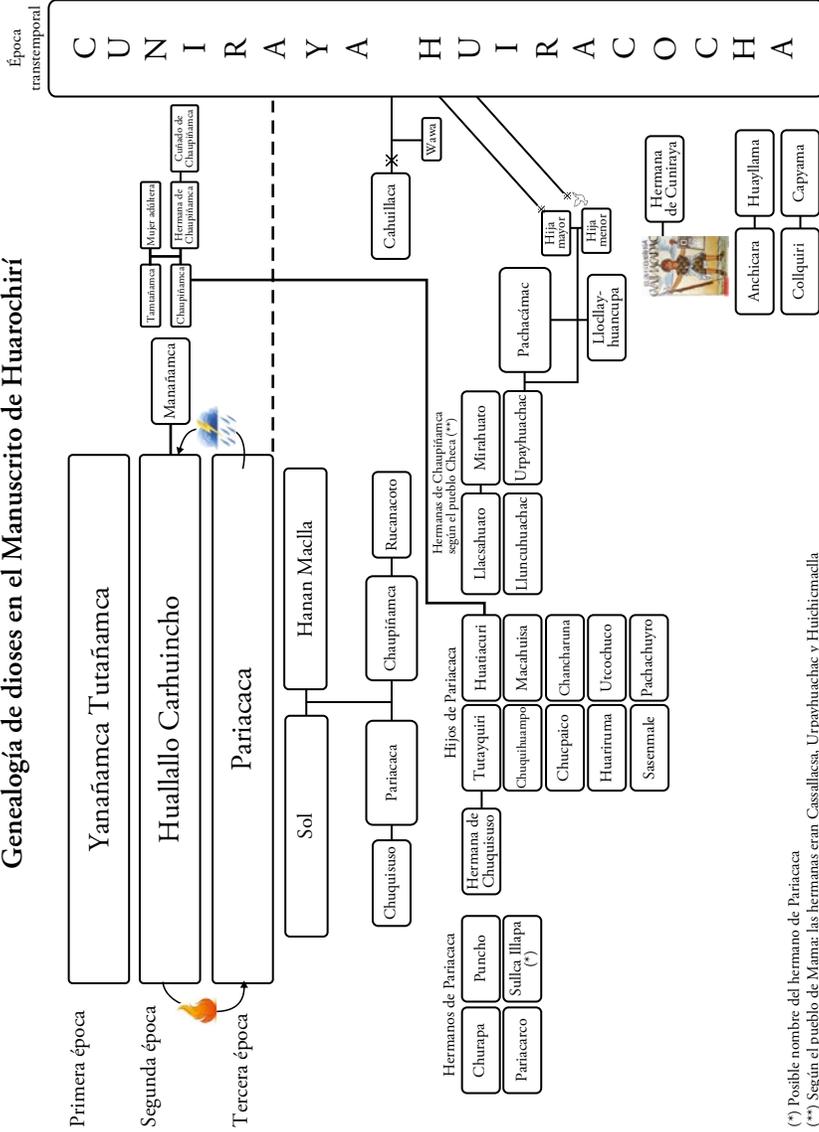


Figura 1. Genealogía de dioses en el Manuscrito. Elaborada por la autora.

## Dioses y épocas en la mitología del Manuscrito de Huarochirí

### Primera época: Yanañamca Tutañamca

La primera época en la mitología corresponde a Yanañamca Tutañamca, *huaca* que evoca un pasado u origen remoto y tal vez ausente de vida, que es también descrito en las cosmogonías de algunos pueblos y en ciertos relatos que parecen coincidir en sus descripciones acerca de un tiempo inicial.

Según Gerald Taylor, Yanañamca Tutañamca estaría conformada por los *ñamcas* negros y los *ñamcas* de la noche, representantes de una época arcaica que es identificada con el caos y la oscuridad. Taylor no considera posible que se refiera a dos seres sagrados específicos, sino más bien a una clase *ñamca* (1987, p. 45, n. 1).

La alusión a esta divinidad solamente se encuentra en los dos primeros enunciados del capítulo 1 del Manuscrito, lo cual impide realizar un análisis mayor. Por esta razón, a modo de referencia, examinamos otros escritos relativos a ese oscuro y difuso tiempo de los albores.

Manuel Marzal recuerda un mito de Urcos sobre las tres eras de la creación —Padre, Hijo y Espíritu Santo, que ya denotaría una influencia cristiana— que describe también un principio difuminado: «El primer día de la creación todo estaba mezclado, por lo que no se distinguían los ríos, los árboles, la luz, ni la noche» (Marzal, Romero & Sánchez, 2000, pp. 27-28).

De igual modo, en sus escritos sobre la historia de los incas, Joan de Santa Cruz Pachacuti Yamqui llama a la época del *purun pacha* (citado en Taylor, 1987, p. 45, n. 1) *ccallacpacha* o *tutayac pacha*, que significa ‘época del origen u obscurecer’. El término *purum* ha sido traducido por fray Domingo de Santo Tomás como ‘despoblado’ (1951 [1560], p. 344) y por Diego González Holguín como ‘desiertos despoblados’ (1952 [1608], p. 298). El vocablo *pacha* solo aparece en el *Vocabulario* de Gonzales Holguín como ‘tiempo, suelo y lugar’ (1952 [1608], p. 268). El *purun pacha* parece referir a un tiempo o lugar inhóspito,

anterior al *ñauya pacha* —pues en este ya habitaban los hombres de los «tiempos muy antiguos»—, lo que nos lleva a pensar en un tiempo anterior a la creación del hombre.

Esta divinidad representa, pues, un tiempo primigenio, yermo y despoblado, en el que reina el caos y la oscuridad. Su deidad o deidades son vencidas por Huallallo Carhuincho, el representante de la segunda época, que analizamos a continuación.

### **Segunda época: Huallallo Carhuincho**

La segunda época en la mitología está representada por Huallallo Carhuincho, quien vence a Yanañamca Tutañamca, lo que nos permite identificar en la narración una sucesión de tiempos —anterior y posterior— entre la primera y la segunda divinidad, aunque ambas pertenecen a los tiempos antiguos.

Cristóbal de Albornoz describe a Huallallo Carhuincho como el «guaca principal de toda la provincia de Yauyos y Guancas [...] un cerro alto y nevado hacia los andes de Xauxa» (Duviols, 1967, p. 29). Otros cronistas de la época, como Guamán Poma y Joan de Santa Cruz Pachacuti Yamqui le dan distintas denominaciones: Caruancho Uallullo, Uallollo y Uallallo.

Cuenta el narrador del Manuscrito que Huallallo Carhuincho era animador de hombres, pero no consentía que engendrasen más de dos hijos, de los cuales «el preferido era criado por sus padres» y el otro devorado por la divinidad (1, 3-5). En esa época, la gente resucitaba tras cinco días de haber muerto (1, 6) y los cultivos maduraban tras cinco días de haber sido sembrados (1, 7). Los ciclos de vida eran tan repentinos que no permitían un equilibrio entre los muertos que regresaban y la producción que los abastecía, a pesar de la abundancia de cosechas. Y, por más que la divinidad buscaba ejercer un control sobre la natalidad comiéndose a gran parte de la población, se generaron dificultades de espacio que la hizo vivir en los cerros, en las cumbres y en gran estrechez (1, 9).

El orden de Huallallo Carhuincho colapsó porque la divinidad no logró armonizar las fuerzas productivas con las necesidades de la población. Seguramente, fueron los excesos los que finalmente desequilibraron a Huallallo Carhuincho, pero este se resistió a dejar el poder y se convirtió en el oponente del nuevo orden que habría de imponer Pariacaca, la *huaca* tutelar y principal divinidad del Manuscrito, con quien se enfrentó en una lucha que es narrada en distintas variantes y en la que se vale principalmente del poder del fuego: un «fuego gigantesco, cuyas llamas llegaban casi hasta el *cielo*, ardía sin dejarse extinguir» (8, 27), relata el narrador.

Pero Huallallo Carhuincho amenazó a Pariacaca en distintas ocasiones y de diferentes maneras: tanto con una enorme serpiente de dos cabezas, conocida como *amaru*, que Pariacaca convertirá en piedra clavándole un bastón de oro en medio del lomo (16, 15-18), así como con un loro llamado *caque*, que tenía sus alas en forma de lanzas, al cual Pariacaca se las quebró antes de convertirlo en piedra (16, 21-22). Finalmente, cuando Huallallo Carhuincho hizo aparecer el *hugi* —un animal que no ha sido aún identificado, pero al parecer se trataría de un tipo de roedor cuyo nefasto poder sería corroer las estructuras que mantenían la estabilidad del nuevo orden civilizador—, Pariacaca llegó a atacarlo con sus lluvias y rayos, mas no logró vencerlo, por lo que «mandó a los hombres del Tahuantinsuyo capturar al *hugi*» (17, 19), pero el inasible animal no se dejó atrapar fácilmente (17, 16-24). El propio narrador dice: «al sobrevivir el *hugi* habría podido quitarle algo a la vida de Pariacaca» (17, 18).

Por más que Huallallo Carhuincho se resistía vehementemente a ser vencido, sus esfuerzos resultaron inútiles, no solo porque Pariacaca, junto a sus hermanos e hijos, era más poderoso, sino porque se había vuelto necesaria la institución de un orden que fuera capaz de ofrecer mayor seguridad a las comunidades de Huarochirí. Por ello Huallallo terminó huyendo hacia la región de los *antis*. Mas no se encontraba solo; una mujer llamada Manañamca —‘la que no es *ñamca*’— le mostró

su lealtad al luchar también convertida en fuego contra Pariacaca. Ella logró herir en el pie a Chuquihuampo, el hijo de Pariacaca, pero al igual que Huallallo fue vencida y huyó hacia la laguna (8, 38-44).

A esta segunda época parece pertenecer también Tamtañamca, a quien en el capítulo 5 se describe como un hombre poderoso que se hizo pasar por sabio, adivino y dios, y así mantuvo engañada a mucha gente (5, 11-16), pero su verdadera identidad fue descubierta cuando contrajo una enfermedad cuya causa fue la infidelidad de su mujer. La descripción del entorno natural y la riqueza material durante estos eventos parece revelar que se trataría del tiempo de Huallallo (5, 119-121).

La época de Huallallo Carhuincho evoca, pues, un tiempo en el cual la civilización ya se encontraba instalada, pero el exceso de productividad y la superpoblación no permitieron su continuidad. Tampoco se le puede describir como una época segura, ya que las comunidades vivían en permanente zozobra debido a las costumbres antropófagas de su divinidad. Huallallo se perfila como el representante de un régimen autoritario que no intentaba satisfacer las necesidades de sus súbditos, sino solo buscaba imponer su voluntad sin contar con el consenso de la población, lo que como consecuencia hizo que irrumpa la necesidad del nuevo orden que se vislumbró con Pariacaca. Vemos así que ya desde la segunda época se muestra la posibilidad y vigencia de una nueva, puesto que las luchas entre Huallallo Carhuincho y Pariacaca nos remiten a la tercera época de la mitología narrada.

### **Tercera época: Pariacaca**

En la mitología del Manuscrito esta etapa está representada por Pariacaca, *huaca* tutelar y principal divinidad de las comunidades de Huarochirí y Yauyos. Es también la época de la diosa Chaupiñamca, a quien en algunos pasajes se le identifica como hermana de Pariacaca (10, 10-11; 13, 62-65). En esta tercera época se hace, además, referencia

a los cuatro hermanos<sup>3</sup> y varios hijos<sup>4</sup> de Pariacaca, así como a las cuatro hermanas<sup>5</sup> de Chaupiñamca, entre otras deidades.

Geográficamente, el nevado Pariacaca es parte de la cordillera de los Andes y tiene dos picos, uno llega a 5724 msnm y otro a 5571 msnm. Por esta razón se le considera también una divinidad dual. En el Manuscrito, este lugar fue primero la sede de Huallallo Carhuincho, al parecer la cumbre más alta.

Rodolfo Cerrón-Palomino explica que el nombre de Pariacaca está compuesto por dos vocablos: *paria*, que significa ‘bermellón’, y *caca*, que significa ‘peña’, ‘roca’, ‘cerro’, por lo que puede traducirse como ‘peñón colorado’<sup>6</sup>.

Pariacaca es el principal protector de la comunidad checa y es venerado también por los yauyos (24, 16-17) y los concha (31, 43-45).

---

<sup>3</sup> Se lee en el Manuscrito que son cinco hermanos, mas solo figuran los nombres de cuatro: Pariacaca, Churapa, Puncho y Pariacarco. El narrador dice «no sabemos el nombre de uno de ellos» y agrega «aquí quedará en blanco para que lo escribamos cuando lo sepamos» (16, 5-7). En el texto original quechua aparece tachado el nombre de Sullca Illapa (8, 37 y n. 37; 8, n. 49; 16, n. 7).

<sup>4</sup> Los hijos de Pariacaca son: Huatiacuri, quien precede el nacimiento de su padre (5, 8); Chuquihambo, quien lucha junto a su padre y es herido en el pie por Manañamca (8, 43 y 45); Macahuísa, que es enviado por su padre al Cusco, en respuesta a la convocatoria que hace el inca Túpac Yupanqui (23, 1 y 12). Los nombres de los otros hijos son: Chucpaico, Chancharuna, Huariruma, Utochuco, Tutayquiri, Sasenmale, quienes para algunos nacieron de la fruta de un árbol (9, 9-13). «Otro hijo [...] emergió de la tierra. Su nombre era Pachachuyro» (9, 15-16). Los nombres de Sulluyallap y Huarquinri solo aparecen en la traducción de José María Arguedas (2007, pp. 51, 55).

<sup>5</sup> Se lee en el Manuscrito que son cinco hermanas, mas solo figuran los nombres de cuatro: Chaupiñamca, Cassallaca o Llacsahuato (13, 16 y n. 16), Urpayhuachac y Huichicmaclla, según los pobladores de Mama (13, 16-17); y Chaupiñamca, Llacsahuato, Mirahuato, Lluncuhuachac, según los pobladores Checa (13, 18-38). A Urpayhuachac y Lluncuhuachac se les confunde, en algunos pasajes, con Cahuillaca (13, 38-45 y n. 45).

<sup>6</sup> Rodolfo Cerrón-Palomino indaga sobre la etimología de algunos topónimos y antropónimos del Manuscrito en su artículo titulado «Dioses y héroes de Huarochirí» (en prensa).

La comunidad checa estuvo conformada por distintos ayllus: Coñasancha, de los allauca; Yurinaya, de los satpasca; Chupayacu, de los sullcpachca; Pacomasa, de los yasapa; Chaucachimpita, de los muxica (24, 8). Incluso los pueblos yuncas venían a él con ofrendas rituales desde distintos lugares (9, 101).

Sobre la fundación u origen de Pariacaca existen tres variantes<sup>7</sup> en el texto que remiten a distintos tiempos o épocas. La primera se lee en el capítulo 5, cuando, precedido por su hijo Huatiacuri, nace Pariacaca junto con sus hermanos de cinco huevos que se convierten en cinco halcones que luego llegan a ser cinco hombres, los cuales, como seres alados, luchan desde cinco distintas direcciones, utilizando las fuerzas acuíferas de la naturaleza contra Tamtañamca y los pobladores de la segunda época descrita, a quienes arrastran hacia el mar sin que ninguno se salve (5, 116-118; 8, 24-26).

La segunda variante se encuentra en los capítulos 10 y 13, en los que se sugiere el origen y la filiación entre Pariacaca y Chaupiñamca, quienes en la línea ascendente de la genealogía eran hijos del Sol y de Hanan Maclla (10, 10; 13, 4-6). Esto supondría una época distinta a la de la primera variante, pues la existencia de ambas divinidades remitiría a un tiempo anterior al representante de la segunda época y tal vez incluso al de la primera época, pues al ser hijos del Sol y de «una deidad celestial» (Salomon & Urioste, 1991, n. 339) se constituirían en entidades que proceden de los tiempos primordiales de creación del mundo.

Por último, la tercera variante se encuentra en los capítulos 14 y 16, en los cuales se sugiere que Pariacaca y sus hermanos eran hijos de Cuniraya Huiracocha (14, 4; 16, 4), filiación que no llega a ser afirmada por el narrador de manera contundente.

---

<sup>7</sup> Carmela Zanelli desarrolla la primera variante en su artículo titulado «Hacia la delimitación de un ciclo mítico. El caso de Pariacaca en el Manuscrito de Huarochirí» (en prensa).

En Pariacaca y en las otras divinidades de la tercera época se reflejan las características del nuevo orden civilizador que implementaría dicha divinidad. Vemos manifestarse, así, a Pariacaca, junto a sus hermanos e hijos, en diversas situaciones en las que puede notarse la valoración que se da a sus cualidades, las que se evidencian en sus distintas facetas: guerrero valiente, organizador de rituales, dios educador y castigador. También se resalta su preferencia por la astucia en las competencias, su exigencia en la celebración y su tentativa en el amor.

Su faceta de guerrero se evidencia cuando Pariacaca manifiesta de forma imponente su poder sobre la naturaleza mediante el control de las lluvias torrenciales, los truenos, relámpagos y tempestades, durante las luchas contra Huallallo Carhuincho (8, 24-44; 16, 14), y contra Tamtañamca y sus seguidores (5, 118). Esa faceta se hace también visible en su descendencia, cuando los hijos de Pariacaca se despliegan por la geografía andina durante la expansión territorial sobre los distintos ayllus y comunidades que van conquistando. Los hijos guerreros más admirados de Pariacaca son: Tutayquiri, quien es especialmente temido por su fuerza y su valentía, pero finalmente es frenado por Chuquisuso en su afán de expansión (12, 12-18); Macahuisa, quien vence a las comunidades que se sublevaron contra el inca Túpac Yupanqui (23, 19); y Huatiacuri, quien obedece a su padre y desenmascara a Tamtañamca en el relato narrado en el capítulo 5. Son ellos quienes dan a conocer a los pueblos la primacía de su padre, de la cual habría advertido el autor en el prólogo al decir que su intención es narrar las tradiciones de los antiguos hombres, todos protegidos por el mismo padre.

Cabe resaltar que la naturaleza guerrera de Pariacaca podía ser devastadora cuando se indignaba, pues llegaba a tomar decisiones radicales. Una muestra de ello se encuentra en los capítulos 6, 25 y 26, en los cuales los pobladores se muestran impasibles ante la presencia de la divinidad y la ignoran —o tal vez no la reconocen— en su condición de pobre. Ante tales circunstancias, Pariacaca reacciona condenando su insensibilidad y, sin dar una advertencia ni la oportunidad de arrepentirse,

decide su destrucción repentina. En esos hechos, Pariacaca se muestra en dos facetas: como divinidad educadora, que enseña la obligación de atender a las personas en condiciones de pobreza, y como divinidad castigadora, que muestra lo que sucede cuando se es indiferente al forastero. Pareciera que Pariacaca quisiese inculcar en la conciencia de los pobladores de tales comunidades experiencias que les permitan recordar valores fundamentales, tales como la empatía, la solidaridad y la generosidad.

Después de haber apartado a Huallallo Carhuincho y de disponer de cierto grado de seguridad para la organización de las comunidades por él elegidas, Pariacaca instauró su culto religioso e indicó cómo los pobladores debían celebrar su ritual, el cual constaría, en adelante, de tres fiestas o *pascuas* al año (9, 29-31): una denominada *Auquisna*, que significa ‘para nuestro padre’, era la celebración a Pariacaca (9, 49 y n. 49; 10, 37); la segunda, conocida como *Chaycosna*, que significa ‘para nuestra madre’, que era la celebración a Chaupíñamca (9, 50 y n. 50; 10, 38); y, finalmente, en noviembre, el baile llamado *Chancho*, que hacían coincidir con la fiesta de San Andrés (10, 39). En las fiestas prevalecía la música, el canto y la danza, y se hacían las ofrendas de los alimentos y animales preferidos de la divinidad. Bailar era una obligación en dichos rituales y ausentarse de las celebraciones era tomado como una falta (9, 56-57). Las fiestas estaban precedidas de competencias en las que Pariacaca favorecía a quien ganaba, por ejemplo, al que llegaba primero a la cumbre de un cerro persiguiendo a sus llamas. Y como premio recibía no solo el aprecio de Pariacaca: la divinidad «atribuía a esa llama el nombre que debía llevar» (9, 45-47).

En cuanto a sus tentativas amorosas, el Manuscrito muestra en el capítulo 6 que Pariacaca se enamoró de una mujer hermosa llamada Chuquisuso, quien debido a la escasez de agua regaba los campos con sus lágrimas, situación de la cual Pariacaca intentó sacar ventaja. La relación con Chuquisuso es relevante porque muestra cómo ella hace prevalecer los intereses de su comunidad en los acuerdos previos

a la consolidación de su unión con Pariacaca (6, 25-42). En el mismo capítulo, el narrador describe, además, el lugar de petrificación de ambos y el de Cuniraya Huiracocha (6, 60-65), y parece situar a este último en una época anterior a la de Chuquisuso. No obstante, el texto permite pensar, a su vez, en la contemporaneidad de los tres personajes en la tercera época.

La época de Pariacaca es también la de Chaupiñamca. A ambas deidades se las llegó a conocer como animadoras de hombres: él tenía la facultad de alentar a los hombres y ella, a las mujeres (13, 7).

A Chaupiñamca se le atribuye la posibilidad de pertenecer a dos épocas: a la segunda, la de Huallallo Carhuincho, pues se dice que es la mujer de Huatyacuri y la hija de Tamtañamca, el hombre rico de Anchicocha; y a la tercera época, pues el narrador menciona que, según algunos hombres, Chaupiñamca era la hermana de Pariacaca —algo que ella misma afirmaba— (10, 10-11), y ambos a su vez eran hijos del Sol y de Hanan Macla (13, 62-65), como indicamos antes. Por ello resulta revelador hurgar en la etimología del nombre de esta diosa en los diccionarios de la época colonial. Según Diego González Holguín, *chaupi* significa ‘mitad, o el medio de cosas o lugares o tiempo, o obra’ (1952 [1608], p. 99). No hay una traducción explícita para la palabra *ñamca*<sup>8</sup> en los vocabularios quechuas; solo aparece *ñan*, que González Holguín traduce como ‘camino, o passo, o salida para passar’ (2007 [1608], p. 176). De modo que dichos términos nos permitirían sugerir una interpretación de la diosa Chaupiñamca, quien podría representar el vínculo que une ambas épocas, al cumplir una función mediadora en la transición desde una época materialista, basada en el engaño y los excesos, hacia una época de equilibrio más organizada.

El hecho de que ella pertenezca a dos órdenes aparentemente contrarios, uno profano y uno divino, es coherente y está ligado a sus cualidades. Chaupiñamca era la diosa de la fertilidad y su satisfacción

---

<sup>8</sup> Según las investigaciones de Gerald Taylor, la terminación *ñamca* corresponde a *ñamoc* (13, n. 51).

plena la encuentra en Rucanacoto, una divinidad exuberante en su sexualidad, a quien los hombres pedían que les ayude a mejorar sus capacidades amatorias (10, 22-24). Ambos se llegan a petrificar, sacralizando de esta manera el lugar de culto y los actos relativos a la siembra y a la cosecha, así como los actos de procreación, tanto de seres humanos como de animales.

Chaupiñamca era una diosa festiva y disfrutaba de manera especial el baile llamado Casayaco, pues en este los hombres danzaban desnudos y ella se regocijaba al verles «sus vergüenzas» (10, 47-51). Las preferencias de Chaupiñamca la identifican como una deidad espontánea en su sexualidad, pues era ella quien animaba a los pobladores a disfrutarla con naturalidad y sin prejuicios, en concordancia con su función protectora de la vida. Esto permite situarla, a su vez, en los tiempos primordiales de constitución del mundo, pues representa la simiente que posibilita la procreación de todos los seres vivientes.

Las hermanas de Chaupiñamca eran también admiradas por los pobladores. Una de ellas fue incluso elegida por Cuniraya Huiracocha para tener descendencia, mas fue rechazado por ella por no mostrarse él en su total magnanimidad. Cavillaca había convocado en Anchicocha a todos los *huacas* y *huillcas* para conocer quién la había embarazado. Mientras todos lucían sus trajes más elegantes y vistosos, Cuniraya se mostró en un atuendo de mendigo (2, 19-24). Al no comprender quién era el padre de su criatura, Cavillaca huyó desesperada hacia el mar —donde todavía podemos verle petrificada junto a su *wawa*—, posiblemente con la intención de evitar un futuro sin los vínculos necesarios para una existencia en la que prima la reciprocidad (2, 28-31).

Otra de sus hermanas, Urpayhuachac, tuvo dos hijas con Pachacámac y fue conocida como la mujer que pare palomas y por criar peces en un pozo. Cuando Cavillaca se petrificó en el mar, Urpayhuachac fue a visitarla, lo cual encolerizó a Cuniraya. Este, aprovechando su ausencia, destruyó el pozo donde se encontraban los peces y los arrojó al mar. Fue así como los peces, según el Manuscrito, poblaron el mar (2, 53-56).

Se puede advertir que Pachacámac, Urpayhuachac y sus hijas, así como Cavillaca, son personajes de la tercera época, pero, a su vez, contemporáneos al tiempo de Cuniraya Huiracocha, quien, como veremos, parece ser anterior a las demás divinidades. Por otro lado, el hecho de que en aquella época no hubiera peces en el mar, denota que estas divinidades se encontrarían también en los tiempos primordiales (2, 53-58).

Pachacámac<sup>9</sup> fue una de las dos divinidades más importantes del Imperio de los incas, la otra era el Sol (22, 4-6). Conocido por su facultad de hacer temblar la tierra cuando se encolerizaba, era muy respetado y temido, pues se creía que si movía su cuerpo el mundo se acabaría (22, 24). Los incas le ofrecían hombres y mujeres del Tahuantinsuyo que eran enterrados vivos junto a otras ofrendas en noches de luna llena (22, 11-13).

El poder de las divinidades en el Manuscrito se evidencia en el capítulo 23, cuando el inca Túpac Yupanqui solicita la ayuda de las *huacas* para luchar contra algunas comunidades que se habían sublevado. Pachacámac llega en una litera a Haucaypata, al igual que las otras deidades del Tahuantinsuyo, pero cuando el inca les comunica su preocupación, todas guardan silencio (23, 9-16). El inca amenaza entonces con quemarlas y Pachacámac, en forma diplomática, mas amenazante, se excusa y le explica que no podía ayudarlo porque si se movía todos morirían (23, 17-18).

En esta parte del relato se percibe una tensión de poderes entre el inca Túpac Yupanqui y las distintas divinidades de las comunidades: la amenaza del inca podría hacernos cuestionar los poderes de las *huacas* como deidades, pero la renuencia de estas a luchar contra los pueblos sublevados al inca les devuelve su jerarquía.

Pariacaca no asiste a la convocatoria del inca, pero envía a su hijo Macahuisa, el único en atender el pedido del inca y salir a conquistar a los rebeldes (23, 7-19). La ausencia de Pariacaca sugiere que como

---

<sup>9</sup> Pachacámac aparece tangencialmente en la mitología del Manuscrito, pero se podría afirmar que también trasciende distintas épocas.

divinidad no podía aceptar una posición de subordinación (23, 10-12). Sin embargo, el inca tenía en buena estima a Pariacaca, porque incluso se hizo su *huacsa* —«sacerdote supremo» elegido por Pariacaca para organizar las *pascuas* según las tradiciones (9, n. 30)— y «ordenó a treinta hombres de Hanan Yauyo y de Rurin Yauyo *servir* a Pariacaca en la época de la luna llena» (18, 1-4). Esto certifica el respeto que inspiraron los personajes míticos en el tiempo de los incas.

Con la llegada de los conquistadores, Pariacaca se enfrentaría a una nueva época que devendría en la conclusión de su orden, porque los colonizadores no llegaron a comprender la percepción del mundo andino. El presagio de esta nueva época es vislumbrado por el *llacuas* Quita Pariasca, quien al observar el hígado y el corazón de la llama ofrendada dijo: «La suerte no es buena hermanos; en el futuro nuestro padre Pariacaca será abandonado» (18, 6).

La tercera época remite, pues, a un orden civilizador en el cual se instaura un culto ya organizado que contiene pautas específicas para la celebración de los rituales y en el cual Pariacaca, como protector de los distintos ayllus a los que representa, establece las normas y valores que han de regir los aspectos sociales, políticos y culturales de los pobladores de Huarochirí. El cumplimiento de las normas conllevaría una convivencia más armoniosa y segura, puesto que la experiencia de vida de las comunidades protegidas por Pariacaca fue menos vulnerable y azarosa que la de quienes dependían de Huallallo Carhuincho.

Pariacaca solo esperaba que los pobladores bajo su protección cumplieran con los deberes sustanciales de las comunidades de Huarochirí, deberes que tenían su fundamento en la generosidad, la empatía, la reciprocidad, el compromiso asumido con responsabilidad y la celebración de los rituales que les permitieran conservar sus tradiciones para lograr la trascendencia a través de la conmemoración de sus creencias (9, 104-107). Pariacaca se regocijaba en el bienestar y el gozo de sus fieles, y eso significaba la continuidad no solo del baile y el canto, sino además de exultantes y extenuantes celebraciones.

Hasta aquí hemos recorrido tres épocas de la mitología inscrita en el Manuscrito, las cuales se pueden identificar como tiempos sucesivos, en el sentido de que contemplan un orden cronológico que el propio narrador establece desde el primer capítulo. Sin embargo, este orden no es absoluto ni totalmente excluyente en el texto, ya que las divinidades de las distintas épocas interactúan entre sí a lo largo de la narración, como suele ocurrir en los relatos míticos. El panorama temporal se torna más complejo cuando tratamos de esclarecer la época de Cuniraya Huiracocha, a la que hemos denominado «transtemporal» y de la cual nos ocuparemos a continuación.

### Época transtemporal: Cuniraya Huiracocha

La «transtemporalidad» de esta época radica en el hecho de que Cuniraya Huiracocha no ocupa un sitio exclusivo en la dimensión temporal de la mitología del Manuscrito y aparece circunstancialmente en los capítulos 1, 2, 6, 14, 15, 16 y 31 —los cuales refieren a las distintas épocas—.

No existe una versión definitiva sobre la etimología del nombre de Cuniraya. Para Julio C. Tello, este nombre estaría compuesto por dos vocablos: *con*, cuyo significado es ‘vínculo’, aludiría al dios costeño del mismo nombre, pero Tello no explica el significado de *iraya* (citado en Cerrón-Palomino, en prensa). Cerrón-Palomino sostiene que *coni* es la versión abreviada de la forma quechua del término *coñ-titi*, que sería derivado de *q'utñi titi*, que significa ‘sol ardiente’, y se habría remodelado como *quni-raua-p* para significar ‘el que mantiene el calor’, es decir, ‘el fuego eterno’. Cerrón-Palomino se pregunta si Cuniraya hace referencia a un dios regional o si, más bien, «se trata probablemente de la asimilación del héroe civilizador del sur, Huiracocha», como sostiene Gerald Taylor. Lo que sí le parece claro es que «la divinidad local adquiere, por lo menos parcialmente, el nombre del dios lacustre ordenador del mundo» (en prensa).

González Holguín traduce el vocablo *cuni* como ‘cosa larga, o alta’ (1952 [1608], p. 88) e inevitablemente hace pensar en el dios Con,

descrito por Francisco de Gómara como el personaje sin huesos que vino de regiones septentrionales al principio del mundo y quien «en su rápido y ligero recorrido, disminuía las distancias aplanando las sierras y cortando los valles con el solo poder de sus palabras» (citado en Taylor, 1987, 2, n. 5). Asimismo, Bernardo Cobo se refiere a Con como el «Criador [...] que no tenía coyuntura en todo su cuerpo, que era ligerísimo, que rompía las tierras con la punta de vara y luego quedaban cultivadas y dispuestas para sembrarse, y que, con sola su palabra, hacía nacer el maíz y las demás legumbres» (citado en Taylor, 1987, 2, n. 5).

La descripción que hace el narrador del Manuscrito acerca de esta divinidad permite encontrar una similitud con el dios Con, pues señala que Cuniraya Huiracocha «con su sola palabra [preparaba el terreno para] las chacras y consolidaba los andenes» (2, 5), lo que nos lleva a considerar la oralidad de un dios hacedor que por medio de su palabra realiza funciones agrícolas. Pero su palabra parece, más bien, tener una función ordenadora de lo ya existente en el mundo: «Antes que él existiera, no había nada en este mundo» (15, 3), dice el narrador, de lo que se puede entender que el mundo ya existía, aunque no hubiese nada en él.

La importancia de Cuniraya Huiracocha se evidencia desde el primer capítulo del Manuscrito, en el cual el narrador lo identifica como animador de la tierra y del hombre. La veneración que los hombres le tuvieron era expresada en las oraciones que le ofrecían: «todas las cosas son tuyas; tuyas son las chacras, tuyos son los hombres» (1, 17), otorgándole así la capacidad de dominio sobre la creación. Su culto estuvo estrechamente unido al de Huiracocha (1, 16). Al elevar sus plegarias, los hombres agregaban el nombre de Huiracocha al de Cuniraya, nombre que se encuentra también relacionado con el de otras divinidades en los escritos de varios cronistas: Tiksi Wiracocha y Qaylla Wiracocha, de la cultura Wari; en las narraciones de Felipe Guamán Poma de Ayala (2015); además, Tonapa o Tarapaca, poblado en el que *arapacá* significa ‘águila’; Uiracocham Pacha Yachachip Cachan o Pachaccan,

que significa ‘servidor o criado’; y Tonapa Uiracochampa Cachan, que el autor sugiere que es el apóstol Santo Tomás, en los escritos de Joan de Santa Cruz Pachacuti Yamqui (1993[1613], pp. 188-189).

En el capítulo 15 —al cual Gerald Taylor se refiere como el más «aculturado»—, el narrador atribuye incluso a Cuniraya la creación de los seres vivos y del propio Pariacaca, así como de la naturaleza. De ese modo, se asemejan sus atributos con los del dios cristiano, lo que según Taylor no parecería tener correspondencia, puesto que el significado andino implícito en el término *cama-y* es el de ‘animar’ y ‘sustentar’, dándole el valor múltiple que planteaba el Inca Garcilaso de la Vega: «transmitir la fuerza vital y sostenerla, proteger a las personas o las cosas que son sus beneficiarios» (2000, p. 7); y no el de una divinidad que crea *ex nihilo*. Taylor sugiere, más bien, que la metamorfosis en la interpretación del término se debería a la influencia del cristianismo (15, n. 1).

Cuniraya Huiracocha era conocido como el constructor de canales de riego y responsable de preparar las andenerías que serían utilizadas para la producción agrícola (2, 5-6). Era, además, fuente de admiración a los ojos de los hombres y de las otras deidades, tanto por su perfectibilidad, como por su esplendor y destreza (1, 18-19). Los relatos en el Manuscrito muestran, sin embargo, que Cuniraya Huiracocha es un personaje contradictorio, que a su vez genera desconfianza e incertidumbre, como se puede observar en el capítulo 2, en el que se le identifica como un ser que pasa por alto la autonomía de los demás, como sucede con la bella *huaca* Cavillaca, a quien deja embarazada, siendo aún doncella, sin su consentimiento (2, 8-16); o con las hijas de Pachacámac, a quienes transgrede en ausencia de su madre (2, 48-51); y sucede lo mismo cuando humilla a las demás *huacas* con su saber (2, 7; 15, 7).

Sin duda, nos enfrentamos a un personaje complejo y versátil, cargado de una fuerza simbólica que es avasallante y constructiva y, al mismo tiempo, una entidad destructiva que genera confusión. No obstante, la duda que surge en el lector con respecto a Cuniraya Huiracocha

no es solo una cuestión relativa a sus características personales. Como antes se indicó, resulta difícil identificar la época de esta divinidad, pues desde el primer capítulo el narrador afirma no saber si Cuniraya Huiracocha habría existido antes o después de Pariacaca (1, n. 15), mas queda, a su vez, la posibilidad de que haya sido antes o después de Huallallo Carhuincho<sup>10</sup>.

La duda se acrecienta cuando, en la traducción de José María Arguedas, se lee «en aquel tiempo existió un huaca llamado Cuniraya, existió entonces» (2007, p. 13), con lo que parece aludir al tiempo mitológico de Pariacaca, ya que previamente se había referido a este. No obstante, podría también tratarse de un tiempo aún más remoto.

La interpretación se torna más compleja para el lector cuando se lee el título del capítulo 15, que literalmente indica «aquí vamos a escribir sobre lo que hemos mencionado en el segundo capítulo, es decir: si Cuniraya existía antes o después de Pariacaca» (15, 1)<sup>11</sup>. Sin embargo, la versión original en quechua menciona a Huallallo Carhuincho y no a Pariacaca: «*kaymantam iskaynin capitulo rimasqanchikta cunirayap caruinchumanta ñawpaq kasqantapas o quipan kasqantapas quillqasun*» (15, 1). José María Arguedas omite ambos nombres del título y traduce: «[...] de cómo Cuniraya fue muy antiguo o posterior, seguiremos escribiendo» (2007, p. 87), y así evidencia la misma ambivalencia. Mas, debido a que en ese capítulo se describe a Cuniraya Huiracocha como creador de la naturaleza, ello sugiere su precedencia respecto a Huallallo Carhuincho, lo cual es admisible debido a que en la segunda época

---

<sup>10</sup> El capítulo 1 del Manuscrito contiene una nota marginal en la que se lee: «Saber si dice que no se sabe si fue antes o después de Carhuincho o de Pariacaca». Y Taylor agrega: «La nota al margen en castellano y la terminación *-pas* de *pariacacamátapas* sugieren que se haya omitido la palabra: *huallallomantapas*» (1, n. 15), con lo cual se entendería que Cuniraya habría existido antes o después de Huallallo, como se cuestiona quien escribió esa nota marginal.

<sup>11</sup> Taylor parece haber confundido aquí el nombre de la deidad, pues coloca «Pariacaca» en lugar de «Carhuincho» en su edición de 1987, lo cual rectificará en su edición de 1999.

ya funcionaba óptimamente la agricultura, pues las cosechas se recogían a cinco días de haber sido sembrados los campos (1, 7).

La comprensión sobre el tiempo de esta divinidad se vuelve más imprecisa cuando, en los capítulos 14 y 16, el narrador especula que Cuniraya Huiracocha sería el padre de Pariacaca y de sus hermanos (14, 4; 16, 4); a su vez, cuando al final del capítulo 5 el narrador señala la extinción de Cuniraya en un acueducto ubicado en la zona más alta de la acequia Huincompa, así como su conversión en piedra, cercana a la de Chuquisuso, petrificación cuyo tiempo no es fácil de precisar. Este pasaje causa desconcierto —esta vez en relación a si su extinción habría sido antes o después de la de Chuquisuso, o contemporánea a esta—, ya que en el capítulo 14 el narrador afirma que Cuniraya existía desde tiempos muy antiguos (14, 2) y José María Arguedas agrega «más antiguo que Pariacaca y que todos los demás huacas» (2007, p. 83), remitiendo, así, su existencia a los tiempos primordiales.

Por otro lado, en el capítulo 14 se advierte la presencia de Cuniraya Huiracocha en la intersección del mito y la historia, cuando el narrador anuncia que describirá el fin de esta divinidad (14, 5) y a continuación relata el momento en que Cuniraya se dirigió al Cusco para hablar con el inca Huayna Cápac. De ahí, ambos parten rumbo al lago Titicaca, donde Cuniraya le contaría al inca sobre su existencia (14, 7), pero no lo hace. Le indica, más bien, que dé instrucciones a sus brujos, a sus sabios y mensajeros para que se dirijan a las tierras de abajo y le digan a su padre<sup>12</sup> que le entregue a una de sus hermanas. De los mensajeros, el que podía volar animado por la golondrina llegó primero y dio el mensaje. A cambio recibió una *taquilla* que contenía una mujer —a quien el inca Huayna Cápac llamó su «ñusta» y su «coya», según Gerald Taylor (14, 29); y su «princesa» y «amor», según José María Arguedas (2007, p. 85)— con quien el inca terminaría desapareciendo bajo la tierra.

---

<sup>12</sup> Posiblemente se refiera al propio Pachacámac, pues Cuniraya Huiracocha le dice al Inca que envíe a sus mensajeros a las tierras de abajo, es decir, a la costa. Taylor sugiere que podría ser uno de los hijos de Pachacámac (14, 12 y n. 12).

Antes de abrir el cofre que inundaría de luz el lugar (14, 27-28), Cuniraya le habría dicho a Huayna Cápac: «Inca, sigamos este *pachac*<sup>13</sup>. Yo, sí, yo entraré a este *pachac*; y tú entra a ese otro *pachac* con mi hermana. Ni tú ni yo debemos encontrarnos, no» (Arguedas, 2007, p. 85). Luego de esas palabras, ambos desaparecieron en distintas direcciones. Y el narrador agrega: «Así estaban las cosas cuando los huiracochas aparecieron en Cajamarca» (14, 32), circunscribiendo los sucesos en el tiempo de la Conquista.

Dadas las circunstancias, la inmersión en un *pachac* distinto parece sugerir un periodo de resguardo para ambos, debido al peligro inminente, ya que la época de la Conquista devendrá en el ocaso del Imperio incaico y, por ende, se vislumbraba el peligro de la muerte de Huayna Cápac, pero también de la desaparición de Cuniraya quien, como divinidad, sería extirpado por los conquistadores.

Al evitar una muerte segura, ambos personajes se sitúan en el plano de la leyenda, pues, al no llegar a confirmarse su derrota, la heroicidad se impone y el inca continúa así su existencia inmutable e invencible en el imaginario de la narración. Esto es confirmado por el propio inca Huayna Cápac, quien da instrucciones a un miembro de su ayllu de continuar su gobierno en su ausencia, y le otorga su identidad al decirle: «Vuelve al Cuzco y di en lugar mío que eres Huayna Cápac» (14, 29). De ello podría entenderse que la muerte no afecta al inca Huayna Cápac; es a su doble a quien aniquilan los conquistadores, ya que él se encontraría en una dimensión de tiempo y espacio que lo haría inmortal. De modo similar, Cuniraya Huiracocha se desliza bajo la tierra (14, 26), a través del misterio de las profundidades, y permanece en esa otra dimensión que también lo vuelve inmortal: la del mito, en la cual, por ende, continúa siempre abierta la posibilidad de su retorno.

---

<sup>13</sup> En su *Lexicón*, Fray Domingo de Santo Tomás traduce el término *pachac* como 'ciento, número' (1951 [1560], p. 333). José María Arguedas ha preferido no traducirlo porque «*cien* no es coherente con el sentido de dirección, área geográfica o agrupación social» (2007, p. 85), al que parece aludir el texto.

Cuniraya Huiracocha se encuentra, pues, en los sucesos previos al ocaso del Imperio de los incas, tiempo en que se resalta el valor de su existencia y se enfatiza la importancia de establecer vínculos familiares con el inca Huayna Cápac, lo cual confirma su presencia en la interacción entre el mito y la realidad.

Finalmente, Cuniraya Huiracocha ha de hallarse incluso en la posteridad, ya que promueve la institución del culto que ha de perdurar hasta nuestros tiempos en el relato del capítulo 31, en el cual se describe el amor entre Collquiri y Capyama, un ritual que se celebra cada año en las comunidades de Huarochirí, por lo que podría decirse que el culto a las antiguas deidades continúa vivo a pesar del paso del tiempo.

Se puede advertir que Cuniraya Huiracocha es una divinidad que no ocupa un lugar único en la dimensión temporal de la mitología. Su existencia parece perpetuarse, pues, en esa especie de tiempo que hemos llamado «multidimensional» y es difícil de definir. No es un tiempo estático e inmutable, sino, más bien, una conjunción de momentos que se superponen, coinciden, se alargan y entrelazan entre pasado y presente, e incluso futuro, dimensiones temporales en las cuales, de alguna manera, la deidad actúa simultánea y alternativamente junto con las divinidades de las diferentes épocas.

## Conclusiones

En este artículo se ha intentado establecer un orden temporal en la mitología del Manuscrito, en el cual se logra identificar tres épocas diferenciadas que parecen ser sucesivas y que muestran una sociedad cada vez más civilizada. Adicionalmente, se observa una época que se ha denominado transtemporal, la cual trasciende en el tiempo, pues no remite a un periodo de tiempo específico. Cada época evoca a una divinidad principal que remite, a su vez, a una visión distinta del mundo y a maneras disímiles de concebir su funcionamiento.

Las tres épocas sucesivas denotan un orden que sugiere continuidad. Así, se puede entrever una secuencia que va, en primer lugar, desde el tiempo de Yanañamca Tutañamca, un pasado inmemorial, privado de cualquier vestigio de civilización e inserto en una etapa de caos y oscuridad inicial, a la cual el texto quechua no hace alusión.

Se atraviesa, después, por una segunda época de mucha productividad, caracterizada por sobreabundancia y excesos en distintos ámbitos (1, 7). Pero, paradójicamente, ese tiempo de auge no perdura, ya que la explosión demográfica conlleva un tiempo de escasez, desequilibrio y desarmonía. Esa segunda época denota una aparente contradicción que toma forma en una dicotomía recurrente entre el exceso y la exigüidad, entre la belleza de los pájaros y el horror de la antropofagia de la *huaca* protectora, que no logra converger en la proporción necesaria para la subsistencia y la seguridad de las comunidades. El orden de Huallallo Carhuincho representa el ideal innato y la añoranza por una utópica inmortalidad, solo realizable en el deseo más profundo e intrínseco de los seres humanos.

En la tercera época, por el contrario, se consolida la institución de un orden civilizador que contiene normas de conducta y que, al parecer, resulta ser más seguro y armonioso, a través de ceremonias rituales, entre las que destacan las competencias de llamas y el baile y la alegría desbordante, con extenuantes momentos de embriaguez. Sin embargo, la vulnerabilidad de las comunidades de Huarochirí en la época de Pariacaca es también una realidad contundente, pues incluso la divinidad más ecuánime otorga castigos funestos (26, 1-22). Confiar en sus creencias y revivir sus tradiciones permite a las comunidades mejorar —junto con el deseo implícito en los rituales y sacrificios— sus expectativas de supervivencia.

En esas tres épocas se pasa del caos y la oscuridad inicial a un tiempo intermedio, impetuoso, que termina desbordándose, para dar lugar a un sistema más admisible y mesurado con la llegada de Pariacaca.

Si bien esas tres épocas pueden identificarse como consecutivas, no se les entiende necesariamente como separadas, ya que una no concluye cuando empieza la otra, sino que, más bien, la presencia de dos e incluso tres divinidades de manera simultánea parece coincidir y sugerir que cada época se entrecruza con las otras.

Cuniraya Huiracocha se encuentra, al parecer, en el inicio de los tiempos, pues es animador y sustentador de los cerros, los ríos, las fuentes, e incluso de los hombres. Con él se adecúa el ordenamiento de los medios de productividad, ya que mediante su sola palabra forma andenerías y circuitos de irrigación en los cuales se sucederán los ciclos de la siembra y la cosecha (2, 5-6). Es él quien se encarga de la designación de las cualidades de los animales, lo cual determinará la posición de cada uno de ellos en la jerarquía del reino animal. A su vez, Cuniraya es quien sirve de estímulo a los maestros tejedores en el perfeccionamiento de sus telares y a todos los hombres en la optimización de sus actos, ritos y labores (1, 18-19). Cuniraya Huiracocha parece, pues, hallarse en todas las épocas de la mitología narrada, incluso en el tiempo de los incas, justo antes de la llegada de los conquistadores, y posiblemente también en el tiempo de la enunciación del texto, que es el presente del narrador.

Sobre la naturaleza dinámica del tiempo en la mitología del Manuscrito, se ha considerado apropiada una concepción multidimensional, pues ciertos relatos remiten a dimensiones múltiples y, a su vez, simultáneas a los sucesos que representan y la vigencia de algunas tradiciones perdura en las comunidades locales incluso hasta nuestros días. Esta temporalidad multidimensional se ve reflejada aleatoriamente en diversas situaciones: el momento en que el narrador manifiesta que «en los tiempos antiguos, murió el sol y la oscuridad duró cinco días» (4, 2-3); en los cinco días de muerte que los hombres deben aceptar antes de volver al mundo de los vivos; y en el caso

de los niños recién nacidos que devora Huallallo Carhuincho y de quienes no se sabe si regresan. Asimismo, cuando Huatiacuri precede el nacimiento de su padre Pariacaca; cuando el narrador sugiere la veracidad del relato etiológico, al señalar metafóricamente que el agua logró mojar el extremo del rabo de un zorro y por eso este quedó para siempre ennegrecido (3, 13-14); en la práctica recurrente de las divinidades de eternizarse en la piedra, lo que no parece implicar su inexistencia, sino más bien un intento de trascender como objeto de culto, para no quedar en el olvido; y en el pronóstico de Quita Pariasca —en la época de Pariacaca— sobre la llegada de los conquistadores, pues revela un vislumbramiento en una realidad temporal aún inexistente.

Dicha concepción multidimensional del tiempo se advierte también en otra instancia en particular: cuando seres mitológicos se relacionan con personajes históricos, como es el caso de Cuniraya Huiracocha y el inca Huayna Cápac, o el de todos los *huacas* —a excepción de Pariacaca— que responden al llamado del inca Túpac Yupanqui. El encuentro entre los tiempos históricos y los seres mitológicos sugiere una coexistencia que trasciende a las épocas, lo cual simboliza, además, el encuentro y confluencia entre el mito y la realidad.

La transtemporalidad de las divinidades en el Manuscrito y la concepción multidimensional del tiempo le otorgan al texto un carácter universal, dado que no son relatos que remiten a un periodo específico ni a una sola dimensión, sino creencias inherentes a la esencia de los orígenes del pensamiento humano. Por esta razón, lo significativo y trascendente de estas tradiciones es precisamente su universalidad como obra sin tiempo.

## Bibliografía

- Arguedas, José María (trad.) (2007). *Dioses y hombres de Huarochirí. Narración quechua recogida por Francisco de Ávila [¿1598?]* (segunda edición). Estudio introductorio de Luis Millones e Hiroyasu Tomoeda. Estudio bibliográfico de Pierre Duviols. Lima: UARM.
- Cerrón-Palomino, Rodolfo (en prensa). Dioses y héroes de Huarochirí. En Juan Carlos Estenssoro, Celia Rubina y Carmela Zanelli (eds.), *El Manuscrito de Huarochirí. Recorridos míticos, religiones y lenguas andinas*. Lima: PUCP-IFEA.
- Duviols, Pierre (1967). Un inédito de Cristóbal de Albornoz: La instrucción para descubrir todas las guacas del Pirú y sus camayos y haciendas. *Journal de la Societé de Americanistes*, 56(1), 7-39.
- Garcilaso de la Vega, Inca (2009 [1609]). *Comentarios reales de los incas*. Edición de Miguel Ángel Rodríguez Rea y Ricardo Silva-Santisteban. Lima: URP-BNP-APL.
- González Holguín, Diego (1952 [1608]). *Vocabulario de la lengua general de todo el Perú llamada lengua qquichua o del inca*. Prólogo de Raúl Porras Barrenechea. Lima: Instituto de Historia de la UNMSM.
- González Holguín, Diego (2007 [1608]). *Vocabulario de la lengua general de todo el Perv llamada lingua qquichua, o del inca*. <http://www.lettras.ufmg.br/padrao/cms/documentos/profs/romulo/VocabularioQqichuaDeHolguin1607.pdf>. Fecha de consulta: mayo de 2018.
- Guamán Poma de Ayala, Felipe (2015 [1615]). *El primer nueva corónica y buen gobierno*. Transcripción de Franklin Pease García. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Marzal, Manuel, Catalina Romero & José Sánchez Paredes (eds.) (2000). *La religión en el Perú al filo del milenio*. Lima: Fondo Editorial PUCP.
- Salomon, Frank (en prensa). Los actuales manuscritos de Huarochirí y la larga duración de los ayllus checas. En Juan Carlos Estenssoro, Celia Rubina y Carmela Zanelli (eds.), *El Manuscrito de Huarochirí. Recorridos míticos, religiones y lenguas andinas*. Lima: PUCP-IFEA.
- Salomon, Frank & George Urioste (trads.) (1991). *The Huarochirí Manuscript. A Testament of Ancient and Colonial Andean Religion*. Austin: University of Texas Press.

- Santa Cruz Pachacuti Yamqui, Joan de (1993 [1613]). *Relación de antigüedades deste reyno del Piru*. Estudio etnohistórico y lingüístico de Pierre Duviols y César Itier. Lima: IFEA-CBC.
- Santo Tomás, Domingo de (1951 [1560]). *Lexicon o vocabulario de la lengua general del Perú*. Prólogo de Raúl Porras Barrenechea. Lima: Instituto de Historia de la UNMSM.
- Taylor, Gerald (trad.) (1987). *Ritos y tradiciones de Huarochirí. Manuscrito quechua de comienzos del siglo XVII*. Estudio biográfico sobre Francisco de Ávila de Antonio Acosta. Lima: IEP-IFEA.
- Taylor, Gerald (2000). *Camac, camay y camasca y otros ensayos sobre Huarochirí y Yauyos*. Lima: IFEA-CBC.
- Zanelli, Carmela (en prensa). Hacia la delimitación de un ciclo mítico. El caso de Pariacaca en el Manuscrito de Huarochirí. En Juan Carlos Estensoro, Celia Rubina y Carmela Zanelli (eds.), *El Manuscrito de Huarochirí. Recorridos míticos, religiones y lenguas andinas*. Lima: PUCP-IFEA.